

III

La noche llevó la vida al reposo. En la casa, de habitación a habitación, el caballero Clavel y la damisela Rosa, juegan a las confidencias.

Escuchémosles... Pero no, sería indiscreto.

Eso sí: veámosles.

El Clavel cierra sus pétalos, se inclina sobre la solapa en actitud de reverencia. ¿Duerme o vive?

Ella abre sus hojas, se mantiene enhiesta sobre la seda del vestido. ¿Vive o ama?

IV

El día renueva el movimiento.

Don Rafael guarda cuidadosamente en el cajón de su mesa de despacho un clavel. Ha sonreído y ha suspirado.

Angelines mira un retrato, canta, besa una rosa y la guarda con ternura en la cajita plateada que cierra con la llavecita pendiente siempre de su cuello.

V

En la Primavera siguiente, han florecido más rosas y claveles.

MIGUEL BORRACHERO.

IDEARIO EXTREMEÑO

De todas las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; de todas las cosas blandas y suaves, la más blanda y suave es el amor.

FR. JUAN DE LOS ANGELES.

Mientras existe el entusiasmo, todas las individualidades se eclipsan.

DONOSO CORTÉS.

Quieren hoy formar hombres los filósofos y los arriman con demasia a los brutos.

FORNER.

## Valoración actual de la Novela Picaresca

«... allá se las arregle cada uno en este desierto de egoísmo que se llama la vida».  
«Stenhal», en «Rojo y Negro».

Camilo José Cela actualizó hace unos meses, fugazmente, la novela picaresca. Su «Nuevo Lazarillo» sigue por senderos clásicos rutas y caminos de nuestra vida airada, de nuestra más cruda realidad violenta. Pero lo de menos para mí es que Camilo José Cela haya escrito una buena, mala, o, regular novela. Lo más acuciante para nosotros, es que la lectura de este cuentecito, y no precisamente para niños, me llevó de la mano a releer la obra típica de este género literario, dentro de nuestro molde peninsular: me refiero al «Guzmán de Alfarache», del Bachiller Mateo Alemán. Porque más que la obra en sí, más que sus cualidades artísticas, lo que nos interesa imperativamente es la valoración de esta clase de novelas, desde la actualidad inaudita y vertiginosa de nuestra época.

Tengo que confesar, que cuando Camilo José Cela publicó esta obra, esperé con impaciencia su repercusión en el campo de la polémica. Yo sospechaba que, con motivo del «Nuevo Lazarillo», la Prensa semanal, concretamente «El Español», iniciaría una revisión de los valores que encierra esta temática ni clásica ni romántica, ni antigua ni moderna, sino simplemente inmanente e imperecedera. No fué así; y un silencio que hablaba de estériles sensibilidades—los clásicos hace tiempo que dejaron de ser populares—cayó sobre uno de nuestros géneros literarios más gustado de todos los tiempos excepto del nuestro. Tan sólo Eugenio Montes escribió sobre todo esto unos cuantos renglones.

Mas no importa que la polémica no haya surgido. Esta se encuentra, y muy enzarzada por cierto, en las páginas ya un tanto muertas de ciertos libros eruditos. Ni que decir tiene que hemos leído con delectación, y lo que es más, con delectación creciente, estas encontradas opiniones que se han ido tejiendo entorno a la temática del hampón eterno, personaje histórico de todos los tiempos. Porque aquí emerge ya la primera cuestión. No soy escolástico, pero lo cierto es que la materia que enjuicio, puede seccionarse para su análisis en varias cuestiones previas, y una, es esta:

¿Cuál es el origen de la novela picaresca?

— — —

He sumado muchas opiniones sobre este problema; su enumeración sería prolija y más que nada pintoresca. Pero dejemos esto para un estudio más detenido.

La novela picaresca es para algunos tan antigua como el hombre: Adán fué ya, según ellos, un consumado picaro. Esto, a mi modo de ver, además

de ser una irreverencia, es querer sacar los pies del tiesto. Cierta que la vida del hombre es ya en sí misma un peregrinar constante, un tránsito, un camino; que todos, allá en el fondo de nuestras conciencias, tenemos algo de la psicología del pícaro. Pero de aquí a querer ver en todos los hombres, empezando por nuestro padre Adán, un Lázaro o un Pablillo, media la enorme sima de todo un abismo.

Otros han creído observar su presencia—nos referimos al pícaro—en las literaturas romana y helénica. Esta apreciación tendría para mí todos los visos de ser cierta, sino entendiera la picaresca al modo clásico, es decir, libérrima; y si no recordase también, que este vagabundeo era imposible en aquellos tiempos, donde un régimen de esclavitud, cerrado, consideraba como máximo «*res nullius*», cosa de nadie, al esclavo que abandonaba a su señor, al hombre del pueblo bajo. Porque la literatura picaresca es eminentemente popular, y sólo aquellos escritores, que, como Quevedo, Cervantes y Mateo Alemán, tuvieron una vida azarosa, pudieron escribir, dentro de este género, obras maestras. Las otras clases sociales pueden suministrar ejemplares para la tragedia, el donjuanismo, o la prodigalidad; en cambio, no podrán presentar nunca ni un solo tipo central de novela picaresca. Esta nace al emanciparse el pueblo de su servidumbre, y al constituirse como tal en clase social: en clase social libre, independiente, y por ello, con responsabilidad. Y como este lento proceso de liberación popular tiene lugar a lo largo de la Edad Media, he ahí por qué nosotros no consideramos como verosímil, el que esta modalidad de la novela se diera ya en las literaturas romana y helénica. A lo más, lo que habría en éstas, en último extremo, serían rasgos, giros, caracteres, que después ha hecho suyos el pícaro como tipo humano independiente.

Para nosotros, pues, está claro, el que, la picaresca, como género de vida, se diera por vez primera en la Edad Media. Pero para que surgiera una literatura entorno de ella, que la recogiera, era preciso que, además de esa emancipación popular de que hemos hablado, se delimitaran de una manera más o menos estable las fronteras. Es decir, que este género literario ha necesitado para su formación de un doble proceso social e histórico, surgiendo, por consiguiente, cuando las nacionalidades estaban ya hechas. Olvidar los caracteres de ejemplaridad y de nacionalidad que tienen todas estas novelas, es querer bastardear un género que nació prístino en sus primeras manifestaciones, y que ha quedado consagrado en unas cuantas obras maestras. No hay que confundir al pícaro ni con el aventurero ni con el mendigo, aunque la distinción entre ellos sea a veces del ancho de un cabello. El mendigo no sirve a ningún señor, y, el aventurero, se basta, cuando no se hace servir a sí mismo. De caer en este error, no solo confundiríamos este género literario con otros vecinos, como el policiaco, sino que entonces la obra maestra de la picaresca estaría en parte por escribir, y ésta sería la vida de los gitanos. Pero el pícaro es individualista, casi anárquico; roba, aunque generalmente sus robos son hurtos domésticos a su amo; y jamás asesina, a no ser que tenga que hacerlo para salvar la «pellica». Mas todo esto pertenece ya a la psicología del pícaro, y corresponde a otra cuestión previa de este estudio.

Localizar históricamente la aparición de la literatura picaresca, después de cuanto llevamos dicho, sería empresa fácil. Yo la buscaría, dentro de los pueblos con historia, en su primera época de decadencia. Y, concretamente, en España, vemos que aparece cuando el sol, cansado de iluminarnos siempre, a nosotros los españoles, comienza a oscurecerse en alguno de nuestros territorios, de nuestras posesiones. El desquiciamiento y repliegue social que sigue

a toda época hegemónica, hace que se multipliquen estos tipos, y que al multiplicarse, surja esta literatura y los recoja. Por eso el pícaro es siempre un desheredado de la sociedad y de la fortuna, un representante de la miseria, un descendiente directo, por ambas líneas—paterna y materna—de la pobreza. Por eso el pícaro hace su entrada en escena muchas veces, y en esto comulgo con Eugenio Montes, al ser licenciado, al convertirse en simple ciudadano de una nación después de haber sido soldado. Leyendo «Italia, fuera de combate», de Ismael Herraiz, hemos visto cómo los soldados italianos—desarmados y harapientos, seres pingantes del desecho,—pedían por las calzadas y ciudades de Italia pan y limosna en una alucinante y moderna picaresca trágica.

Otra cuestión sobre el mismo tema sería la investigación de su discutida influencia. Marañón, a este respecto,—en un prólogo al «Lazarillo de Tormes»—señala graves y profundas consecuencias. Helas aquí: pesimismo, inmoralidad, y recreación, tal vez patológica, en lo crudo y real.

Sería negar lo evidente si no reconociéramos en las novelas picarescas estos tres reparos que Marañón señala muy acertadamente. Pero a diferencia de tan ilustre comentarista—Marañón solo investiga la causa de esa morbosa complacencia en la realidad—nosotros creemos encontrar el origen de todo ello en nuestra ascendencia estoica, que, junto con el ascetismo, constituyen para él la médula de nuestro carácter, de nuestra peculiar y originalísima manera de ser.

Porque no hay que olvidar que esas novelas están escritas por españoles, y que, «España y yo somos así», según un verso famoso de Marquina, con el que se intenta justificar nuestra extraña manera de proceder. Claro que al lado de esa España grosera, burda y mezquina, había otra noble, valiente y austera, pero ella es así porque nosotros lo somos también. Este dualismo de España y de los españoles puede observarse a lo largo de nuestra literatura sin recurrir al «Quijote»; y ya se sabe que la literatura es la única de las bellas artes en la que por completo un alma termina por retratarse. Tampoco hay que olvidar la opinión de aquellos que suponen a la literatura picaresca como una reacción contra los libros de caballería, contra el idealismo desorbitado y un tanto pintoresco de los caballeros andantes. Tengamos también presente, que el «Quijote» es para Maeztu y para otros muchos escritores un libro decadente. Y por último, percatemos a la vez, que en todas estas novelas hay junto a la fábula del pícaro, escrita para el mero solaz, una tendencia moralizadora, y que ambas partes constituyen por contraste la más violenta aunque velada crítica social. Es como si los autores de esas obras se hubieran propuesto poner en parangón nuestro brillo y magnificencia exterior con nuestra depauperada situación peninsular. La burla y la crítica pues, no pueden ser más acervas, como todo lo español. Por eso tal vez tenga razón Marañón al decir, que esas novelas contribuyeron a excitar el ambiente de derrota, que, más tarde o más temprano, habría de terminar por dar al traste con nuestra entonces indiscutible soberanía en Europa. Más yo tengo para mí, que ese pesimismo y ese cansancio, propios del español, eternamente inconstante, además de estar justificados en aquella hora por un continuo guerrear y expansionarse por el mundo, fueron siempre dos de las cualidades más negativas de nuestro carácter. Esta es, pues, para nosotros, la explicación de aquella literatura, y como escrita por españoles, la significación e influencia de sus producciones.

En este estudio que estamos haciendo de la novela picaresca, he dejado y ya de intento, para el último punto, lo que concierne a la psicología del

pícaro. Es este un extremo sumamente interesante, pero que nosotros no consideraremos más que en líneas generales.

El pícaro español es un ser complejo: tan complejo y retorcido como todo lo nuestro. Pero, entendamos esto: complejo y retorcido por la multiplicidad de ejemplares; sencillo y escueto por sus acciones y hechos determinantes. Más arriba hemos dicho que es individualista y casi anárquico, y ahora añadiremos, para que se vea más claro, que su pintoresca opinión sobre la justicia humana bastaría a desmostrarlo. Pero el concepto del pueblo español sobre la justicia, como elemento revelador de nuestro carácter, es demasiado interesante, y por ello, bien merece un estudio aparte.

Es cínico, pero no al modo clásico; es falso si se quiere; mentiroso y truhán en alto grado; sus armas son, principalmente, la osadía, el disimulo y el engaño; más todas sus acciones, y esto es lo característico, se hallan desprovistas del más pequeño asomo de heroísmo. No puede decirse que sea cobarde, mas sí que toda su conducta es la cautela y la astucia humana llevadas al máximo y hechas carne. Es, en fin, un tipo de hombre dúctil, sinuoso, maleable, predispuesto al mal por naturaleza y por verlo reflejarse en todos sus semejantes con quienes se topa y rodea. Mas, no seguimos adelante, hemos prometido considerar este extremo únicamente en sus términos generales. Ahora bien, ¿no son todas estas cualidades las virtudes de la más completa decadencia? ¿No indican todas ellas que se trata de un alma hecha en contra de sí misma, es decir, contrahecha?

Nosotros creemos ver allá, en el fondo de todo español, un síndrome oscuro de resentido en potencia. Cuando todo en torno nuestro es propicio e incitante, el español, que no posee el concepto del equilibrio ni de la medida, se lanza a las más tremendas aventuras con un ímpetu y un optimismo verdaderamente delirantes. En cambio, cuando se truecan las tornas, con una pirueta brusca y desconcertante, se convierte en uno de los seres más pusilánimes. Aquí el subconciencia comienza a trabajar, y, a seguidas, el español se considera incomprendido y despreciado por la sociedad. No obstante, él sigue estimándose superior interiormente, pero la falta de reconocimiento público le hace considerarse víctima de una injusticia por parte de los demás. Pero esto de no querer ver la causa de nuestros yerros en nosotros mismos es ya más latino que exclusivamente ibérico o peninsular. Es una característica de latitud, no de raza, y que el tipo universal del resentido la introduce en los países como norma del descontento en general. Porque el descontento del mundo deriva de descontento con nosotros mismos; más este descontento íntimo son muy pocos los que lo llegan a observar.

Y sin embargo, ¿qué es el pícaro más que un descontento, un resentido? El pícaro nace pobre, y para colmo de sus males, cuando una gran época comienza a declinar. «A río revuelto, ganancia de pescadores», se dice el pícaro recordando el refrán, y en esa descomposición social que sigue y acompaña a toda larga contienda de las armas, se decide a vivir y a medrar. Pues no hay que olvidar que el pícaro termina casi siempre siendo rico. Puede decirse que es este, junto con su ansia de vivir y de ver mundo, ansia española al fin, su único objetivo. Pero es también algo más: es su gran victoria, es su venganza sobre la sociedad. En esto radica para Marañón la lección de estas novelas, profundamente inmoral. Más no hay que olvidar que el pícaro ha perdido su nobleza, a diferencia del perro, a prueba de palos y desprecios, y que tiene además un alma que perder o ganar.

El asiste, sin ser invitado por la fortuna, a este gran festín del mundo y de la vida, y lo que es más, en medio de una espantosa conmoción social. Despierto e inteligente, cree en la jerarquía del talento, pero pronto se convence de que las fuerzas que rigen al mundo son el poder y el dinero. Están a punto de pasar los tiempos espirituales en que se rinde culto a un ideal. Y él presente, que tras la gran contienda bélica, vendrá una profunda relajación moral. No se equivoca, y en este ambiente se apresta a dar a la sociedad la batalla, intentando vencerla con sus propias armas. Y lo consigue, pero es a costa de malear su espíritu, de vender su alma.

«La sociedad tiene los criminales que se merece», dice un célebre penalista italiano. Y el pícaro, harto de bregar con gente de su misma calaña, termina al fin por triunfar.

La pintura de la sociedad no puede ser por lo tanto optimista. En su lucha por la existencia no ha visto más que la doblez y la mentira. En el fondo se sigue considerando superior a cuantos le rodean y adopta ante ellos una actitud despreciativa. Pero horro de bolsa y misticismo, su desprecio no es contemplativo, sino que le impulsa a cometer las más osadas picardías. Quiere vengarse y se venga de lo que él considera una injusticia.

Por todo ello creo que el pícaro es un magnífico ejemplar de resentido. Sin embargo, Marañón, que es quien ha hablado a los españoles de este gran tipo humano, tipo complejo e inteligente, que lo mismo termina en cínico que en santo, no interpreta así al pícaro. «Tiberio», una de sus grandes biografías, nos sale al paso. ¿Por qué no se explica Marañón al pícaro como un resentido injusto y máximo? ¿Estaremos tal vez nosotros equivocados? No lo creo. Antes, por el contrario, estimo que toda la literatura picaresca no es otra cosa que una dilatada galería del resentimiento. El pícaro ve la sociedad desde un solo ángulo: el ángulo de su humanidad despreciada y desprovista de ámbitos dilatados. El español necesita de espacios abiertos para que sus anchos pulmones se llenen con todos los aires del universo, con todas las ansias de los lo desconocido, que apaguen en él su sed de horizontes infinitos. Y cuando se ve reducido, enjaulado en la Península, después de caminar a lo largo y a lo ancho de todos los caminos, siente que su propia patria le pesa más en la conciencia que en el alma, y percibe la sensación de cárcel, la impresión de «ratonera», que para Napoleón era la Europa de su época.

ANTONIO SÁNCHEZ PAREDES.